



Ilustración Andrea Di Gennaro

## “Un nuevo Informe para una Academia”

*Texto basado en obra de Franz Kafka,  
traducida y ampliada por el  
Instituto Cultural Boliviano-Alemán, Sucre  
Monólogo/pantomima  
interpretado por Gerd Mielke  
en el “Festival Internacional de la Cultura”  
Sucre, Bolivia 2005*

# Un Informe para una Academia (Franz Kafka)

En el cuento simbólico, un mono humanizado presenta "Un Informe para una Academia" sobre su simiesca vida anterior. Cuando mono fue capturado por el circo Hagenbeck y aunque tiene la noción de haber perdido su libertad, encuentra una salida, la salida humana. Indudablemente fue un proceso arduo y nos narra: "Y yo aprendí, señores míos. Ay!, uno aprende, cuando es un deber; uno aprende, cuando hay que encontrar una salida; uno aprende sin piedad"... Y, de su instructor, con quien por largo tiempo practica tomar de la botella de aguardiente, nos dice: "No se enojaba conmigo, pues reconocía que ambos luchábamos contra la constitución simiesca y que yo llevaba la parte más dificultosa..." En la última parte expresa una preocupación profunda que le está ..."persiguiendo últimamente con creciente ímpetu. Quizás por el hecho de que yo no tenga las limitaciones mentales de Uds., ya que por mi innata y al mismo tiempo superada simiedad traspaso las barreras de percepción e intuición humana, veo lo que Uds. no logran captar con suficiente claridad:

La humanidad está empeñada en alejarse y alienarse cada vez más de su propia naturaleza y sufro por la obsesión destructiva de los humanos frente al medio ambiente con toda la vida en él". El concluye recomendando modesta pero encarecidamente que seamos decididamente más conscientes y responsables con nuestra naturaleza. "Es que, les digo, no hay otro Mundo como nuestra Morada Tierra, Gaia, Pachamama, al cuidarla cuidamos también de nosotros mismos y la Vida que nos sigue"...



Texto, traducido y ampliado por el  
**Instituto Cultural Boliviano-Alemán,  
Sucre**

Monólogo / Pantomima

Interpretado por:  
**Gerd Mielke**



# “Un nuevo Informe para una Academia”

Excelentísimos señores académicos:

Me conceden el honor de pedirme que presente a la Academia un informe sobre mi vida anterior de mono.

En ese sentido, lamentablemente no puedo complacerles. Pues ya casi cinco años me separan de mi simiedad. Un lapso, corto quizás si se lo mide por el calendario, interminablemente largo sin embargo, si uno ha galopado a través de él como yo lo he hecho.

En sentido más restringido podré posiblemente contestar su pregunta y lo hago además con gran placer. Lo primero que aprendí fue: dar la mano; apretar la mano da testimonio de franqueza. Pudiera hoy en día, al estar en el auge de mi carrera, agregar a este primer apretón de manos también la palabra franca. Eso no aportaría a la Academia nada esencialmente nuevo y quedaría muy por debajo de lo que se me pide y que ni con la mejor buena voluntad puedo decir. No obstante, debe indicar la línea de referencia por la cual un entonces mono penetró al mundo de los humanos y se instaló firmemente en él. Conste además que no podría contarles las insignificancias siguientes si no estuviese totalmente convencido de mí, y si mi posición no se hubiese consolidado de manera inmovible en todos los grandes teatros de variedades del mundo civilizado.

Soy oriundo de la Costa de Oro. Sobre la forma en que fuí capturado, dependo de informes ajenos. Una expedición de caza del circo Hagenbeck - con cuyo jefe, a propósito, he vaciado no pocas botellas de un buen vino tinto desde entonces - estaba al acecho en la maraña ribereña, cuando en medio de una manada corrí una tarde hacia el abrevadero. Dispararon; fui el único que hirieron, alcanzado por dos tiros.

Uno en la mejilla. Fue leve, dejó sin embargo una cicatriz grande, pelada y roja que me valió el nombre repugnante, totalmente inapropiado y que casi podía haber sido inventado por un mono, de Rotpeter, Pedro el Rojo, tal como si sólo por la mancha roja en la mejilla me diferenciara de aquel mono amaestrado llamado Pedro, que no hace mucho reventó y cuya reputación era simplemente local. Eso al margen.

El segundo tiro me llegó más abajo de la cadera. Era grave y por su culpa aún camino cojeando un poco. Recientemente leí en un artículo de uno de los 10.000 calaveras que se explayan sobre mí en los periódicos, que mi naturaleza simiesca todavía no hubiera sido reprimida del todo. Como prueba de ello alega que me complazco en bajarme los pantalones cuando recibo visitas para mostrar la huella dejada por la bala. A ese canalla deberían bajarlo a tiros, y uno por uno, cada dedito de la mano con que escribe. Yo, yo puedo quitarme mis pantalones ante quien me da la gana. Nada se encontrará allí más que un pelaje bien cuidado y la cicatriz dejada - digamos, para un fin preciso una palabra precisa, que no se preste a equívocos - la cicatriz después de un tiro malvado. Todo está a la luz del día; no hay nada que esconder.

Después de aquellos tiros desperté - y aquí comienzan a surgir lentamente mis propios recuerdos - en una jaula en el entrepuente del barco de Hagenbeck. No era una jaula con rejas a los cuatro costados; eran más bien tres rejas amarradas a un cajón. El cuarto costado formaba pues el cajón mismo. Ese conjunto era demasiado bajo para estar de pie y demasiado estrecho para estar sentado. Por eso me agachaba, doblando las rodillas que me temblaban sin cesar. Como probablemente no quería ver a nadie y permanecer en la oscuridad, me volvía hacia el cajón mientras tanto los barrotes de hierro se me incrustaron en el lomo. Dicen que es conveniente enjaular así a los animales salvajes en los primeros tiempos de su cautiverio, y hoy, de acuerdo a mi experiencia, no puedo negar que, desde el punto de vista humano, tienen en efecto razón.

Pero en todo esto no pensaba entonces. Por primera vez en mi vida me encontraba sin salida, al menos no había salida directa. Justo ante mí estaba el cajón, tabla por tabla bien unida. Por cierto había una rendija continua entre las tablas. Al descubrirla primero la saludé con un aullido dichoso de la ignorancia. Sin embargo, esta rendija no daba ni siquiera para meter mi cola y ni con toda la fuerza simiesca me era posible ensancharla.

Como después me comentaron, debo haber sido excepcionalmente poco ruidoso. Por ello concluyeron que, o dejaría de existir muy pronto o, de sobrevivir la crisis de la primera etapa, sería luego muy apto para el adiestramiento. Sobreviví a esos tiempos. Sollozando sordamente, espulgándome hasta el dolor, chupando fatigadamente una nuez de coco, golpeando la pared con el cráneo y enseñando los dientes cuando alguien se acercaba - siendo éstas mis primeras ocupaciones en la nueva vida. Y en medio de todo ello una sola noción: No hay salida.

Pero sin ella no podía vivir. Siempre contra esa pared, hubiera reventado inevitablemente. Y, como en el circo Hagenbeck a los monos les pertenecen las paredes de cajón, pues bien, dejé de ser mono. Esta fue una asociación clara y hermosa de pensamientos que debe haberse me ocurrido, de cierto modo, con la barriga, puesto que los monos piensan con la barriga.

Temo que no se entienda correctamente lo que para mí significa salida. Empleo la palabra en su sentido más común y cabal. Intencionalmente no digo liber-tad. No me refiero a esa gran sensación de libertad hacia todos los ámbitos. Cuando mono posiblemente la conocí y he encontrado humanos que la anhelan. En cuanto a mí, ni entonces ni ahora exigí libertad.

Y entre paréntesis: con libertad uno se engaña demasiadas veces entre humanos, ya que el sentimiento de libertad constituye uno de los más sublimes, así de sublimes son los correspondientes engaños. En los teatros de variedades, antes de salir a escena, he visto a menudo cualquier pareja de artistas trabajando en los trapecios, muy alto, cerca del techo. Se lanzaban, columpiaban, saltaban, volaban el uno a los brazos del otro, se llevaban el uno al otro por su pelo con los dientes. Eso también es libertad humana, pensé, "el movimiento autoglorificado". Qué burla de la Santa Naturaleza. Ninguna edificación quedaría intacta ante las carcajadas simiescas frente a este espectáculo.

No, yo no quería libertad, solamente una salida; a derecha, a izquierda, adonde fuera, no pretendía más. Y hoy lo veo claro: sin la mayor tranquilidad interna, nunca hubiera podido



escapar. En realidad, todo lo que he llegado a ser lo debo quizás a la tranquilidad que me sobrevino allá, en los primeros días del barco. Pero, a la vez, debo esa tranquilidad a la tripulación.

Son buena gente, a pesar de todo. Aún hoy recuerdo con placer el sonido de sus pasos pesados que entonces resonaban en mi entresueño. Acostumbraban hacer las cosas con extrema lentitud. Si alguno quería frotarse los ojos, levantaba la mano como si fuese un peso muerto. Sus bromas

eran groseras pero cordiales. A sus risas se mezclaba una tos que, aunque sonaba peligrosa, no indicaba nada. Siempre tenían en la boca algo que escupir y no les importaba donde lo escupían. Continuamente se quejaban de que mis pulgas les saltaban encima, pero nunca llegaron a enojarse en serio conmigo por eso. Sabían, pues, que en mi pelaje proliferan las pulgas y que éstas son saltarinas. Así se conformaron con eso. Cuando estaban fuera de trabajo, se sentaban a veces, algunos de ellos, en semicírculo frente a mí, hablándose apenas, gruñéndose el uno al otro, fumando pipa, recostados sobre cajones, palmeándose la rodilla a mi menor movimiento, y alguno, de vez en cuando, tomaba una varilla y con ella me hacía cosquillas allí donde me daba placer. Si me invitaran hoy a realizar un viaje en ese barco, declinaría por cierto la invitación, pero tan cierto es, que no son del todo recuerdos nefastos que evocaría de allá en el entrepuente.

La tranquilidad que obtuve en el círculo de esa gente me preservó sobre todo de cualquier intento de fuga. Con mi actual dentadura debo cuidarme hasta en la común tarea de cascar una nuez. Pero en aquel entonces paulatinamente hubiera podido roer de lado a lado el cerrojo de la puerta. No lo hice. ¿Qué hubiera ganado con ello? Apenas hubiese asomado la cabeza me hubieran agarrado de nuevo y encerrado en una jaula peor. O bien hubiera podido huir hacia los otros animales, como hacia las serpientes gigantes frente a mí, para exhalar en su abrazo mi último suspiro. O, de haber logrado deslizarme hasta el puente superior y saltado por la borda, me hubiera mecido un ratito sobre el océano para luego ahogarme. Actos de desesperación. No calculaba tan humanamente, pero bajo la influencia de mi entorno actué como si hubiese calculado.

No calculaba, pero sí observaba con toda calma a esos hombres que veía ir y venir. Siempre las mismas caras, los mismos gestos, a menudo me parecían un solo hombre. Y ese hombre, o esos hombres, andaban sin trabas. Un alto designio comenzó a alborear en mí. Nadie me prometía, que al llegar a ser lo que ellos eran, las rejas me serían levantadas. Tales promesas no se hacen para esperanzas que parecen irrealizables. Pero si llegan a colmarse, aparecen estas promesas después justamente allí, donde antes se las había buscado en vano. Ahora bien, nada había en esos hombres que de por sí me tentaba mayormente. Si fuera partidario de esa libertad a la cual aludí, hubiera ciertamente preferido el océano a esa salida que veía reflejarse en la turbia mirada de aquellos hombres.

Era tan fácil imitar a la gente. A pocos días ya pude escupir. Nos escupimos entonces mutuamente a la cara, con la diferencia de que yo me lamía luego hasta dejarla limpia y ellos no. La pipa fumaba pronto como un viejo, y cuando además metía el pulgar a la

cabeza de la pipa, todo el entrepuente se revolcaba de risa. Sólo no noté diferencia ninguna entre la pipa vacía y la cargada durante mucho tiempo.

Nada me dio tanta pena como la botella de aguardiente. Me martirizaba el olor; me esforzaba, pero pasaron semanas antes de superar esa repugnancia. Lo insólito es que la gente tomó más en serio estas pugnas internas que cualquier otra cosa mía. En mis recuerdos tampoco distingo a esa gente, pero había uno que volvía siempre, solo o acompañado, de día, de noche, a las horas más diversas, deteniéndose ante mí con la botella, me daba lecciones. No me comprendía, quería descifrar el misterio de mi ser. Descorchaba lentamente la botella y luego me observaba para examinar si yo había entendido. Confieso que yo lo miraba siempre con una atención frenética y precipitada; ningún maestro humano encontrará tal aprendiz humano en el mundo entero. Cuando estaba descorchada la botella se la llevaba hacia la boca; yo le seguía con mis ojos hasta la garganta; asentía satisfecho conmigo y mete la botella a sus labios; yo maravillado por la paulatina comprensión, chillo rascándome a lo largo, a lo ancho donde se une; el alegrándose, empina la botella y bebe un trago; yo impaciente y desesperado por imitarle, me ensucio en la jaula, lo que a él de nuevo le divierte mucho; y luego, apartando de sí la botella y acercándola igual con gesto impulsivo, la vacía de un solo trago echado hacia atrás de manera exageradamente pedagógica. Yo, agotado por el excesivo deseo no puedo seguirlo y permanezco colgado débilmente de la reja mientras él, dando por terminada la lección teórica, se frota la barriga con amplia sonrisa.

Recién entonces comienza el ejercicio práctico, y en honor de mi instructor hago constar que no se enojaba conmigo. Cierto es que a veces me tocaba el pelaje con la pipa encendida hasta que comenzaba a arder lentamente en cualquier lugar donde yo difícilmente alcanzaba, pero él mismo lo apagaba con su mano enorme y buena. No se enojaba conmigo, pues reconocía que ambos luchábamos contra la constitución simiesca y que yo llevaba la parte más dificultosa.

Y qué manera de triunfar luego para él como para mí, cuando cierta noche, ante una gran rueda de espectadores - quizás estaban de fiesta, un gramófono sonaba, un oficial se metía con la gente - cuando esa noche, sin que nadie se diera cuenta, agarré una botella de aguardiente que alguien en un descuido había dejado frente a mi jaula, y ante la creciente atención de la reunión, la descorché ejemplarmente, la llevé a los labios y, sin demora, sin muecas, como bebedor del ramo, revoloteando los ojos y con el gáznate palpitante, la vacié real y verdaderamente; arrojé la botella, ya no como desesperado, sino como artista; en verdad olvidé de frotarme la barriga, pero en cambio, porque no me quedaba otra cosa, porque algo me urgía, porque me bullían los sentidos, por todo ello finalmente exclamé: "Hola", con voz humana y con este grito entré de un salto en la comunidad de los humanos, y su eco: "Escuchen pues, habla", lo percibí como un beso sobre todo mi cuerpo empapado de sudor.

Reitero: No me cautivaba imitar a los hombres; les imitaba porque buscaba una salida, no por otro motivo. Además, ese triunfo no me servía de mucho, pues de golpe la voz me falló de nuevo, sólo después de meses logré recuperarla. La repugnancia hacia la botella de aguardiente reapareció con más fuerza aún. Mi camino, sin embargo, estaba definido de una vez para siempre.



Cuando en Hamburgo me entregaron al primer adiestrador, pronto me di cuenta que ante mí se abrían dos perspectivas: El jardín zoológico o el teatro de variedades. No vacilé. Me dije: pon todo tu empeño en ingresar al varieté; ésta es la salida. El jardín zoológico no es más que una nueva jaula; si entras allí, estás perdido.

Y yo aprendí, señores míos. Ay!, uno aprende, cuando es un deber; uno aprende, cuando hay que encontrar una salida; uno aprende sin piedad. Uno se controla a sí mismo con el látigo, uno se despedaza a la menor resistencia. La constitución simiesca salió violentamente fuera de mí, dando volteretas y así, mi primer maestro casi se volvió monesco y tuvo que abandonar pronto las lecciones para ser internado en un sanatorio. Felizmente reapareció de allí al poco tiempo.

Desgasté, sin embargo un montón de maestros, incluso algunos al mismo tiempo. Cuando ya me sentí más seguro de mis habilidades, cuando el público se daba cuenta de mis progresos y mi futuro comenzó a brillar, yo mismo elegí mis profesores. Les hice sentar en cinco aulas sucesivas y aprendí con todos simultáneamente, saltando sin interrupción de un cuarto al otro.

!Que progreso! Que penetración de rayos de sabiduría al cerebro amaneciendo desde todos los ámbitos. ¿Por qué negarlo? A mí me hacía dichoso. Confieso al mismo tiempo: no lo sobreestimaba, ni entonces y menos ahora. Con un esfuerzo, que no ha vuelto a repetirse sobre la Tierra hasta hoy, alcancé la formación media de un europeo. Eso en sí tal vez no sería nada, sin embargo, ciertamente es algo, en tanto que me ayudó a dejar la jaula y abrirme esta salida especial, esta salida humana.

Hay un excelente dicho alemán: "Sich in die Büsche schlagen" o sea, "escurrirse entre los matorrales". Esto es lo que hice, me escurrí entre los matorrales. No me quedaba otro camino, bajo la condición por supuesto que no había que elegir la libertad.

Si veo en resumen mi evolución y lo que fue su objetivo hasta ahora, no me arrepiento, ni me doy por satisfecho. Con las manos en los bolsillos del pantalón, con la botella de vino sobre la mesa, recostado o sentado a medias en la mecedora, suelo observar por la ventana. Cuando llegan visitas, las recibo como se debe. Mi empresario se encuentra en el despacho; si toco el timbre, acude y escucha lo que tengo que decirle. De noche casi siempre hay función y obtengo éxitos ya apenas superables. Y si al salir de los banquetes, de las sociedades científicas o de las reuniones agradables entre amigos, llego a casa a horas avanzadas de la noche, allí me espera una pequeña semiadiestrada chimpancé con quien, a manera simiesca, lo paso muy bien. De día no quiero verla ya que tiene en su mirada la demencia de un animal perturbado por el amaestramiento; eso únicamente yo lo detecto, y no puedo soportarlo.

En forma general, sin duda he logrado lo que me había propuesto lograr. No hay que decir que el esfuerzo no haya valido la pena. Por otra parte, no es la opinión de los humanos lo que me interesa; yo sólo quiero esparcir conocimientos, sólo estoy informando. También a Uds., ilustres señores académicos, sólo les he informado.

!

Sin embargo, no puedo terminar mi informe sin antes confesarles una preocupación profunda, que me está persiguiendo últimamente con creciente ímpetu. Quizás por el hecho de que yo no tenga las limitaciones mentales de Uds., ya que por mi innata y al mismo tiempo superada simiedad, traspaso las barreras de percepción e intuición humana, veo que Uds. no logran captar con suficiente claridad:

La humanidad está empeñada en alejarse y alienarse cada vez más de su propia naturaleza y sufro por la obsesión destructiva de los humanos frente al medio ambiente con toda la vida en él.

¿Cuántos animales hermanos han sido aniquilados por una cacería inmisericorde, por la destrucción de sus habitat, cuántos árboles han sido talados por meros fines lucrativos y cuántos cultivos envenenados con los malditos plaguicidas. Cuántos ríos ya no son más que cloacas repugnantes. Y acaso no les llegan las reiteradas noticias funestas que nuestro planeta ya tiene fiebre y así sufre de desequilibrios climáticos y bio-ecológicos inquietantes - pero provocada por Uds. – ahh - nosotros???

Las frutas que me traen en la mañana tienen el inconfundible y asqueroso sabor a agroquímicos y la carne de chancho a la cual me han acostumbrado comer, me hace sentir el estrés y el sufrimiento por el maltrato de estos inocentes animales.

No se debe seguir viviendo así, ni como simio ni como humano.

Perdón, y por favor, disculpen mi insistencia, pero simplemente no entiendo la ceguera de los hombres que por un beneficio ante todo económico, pues material, y además a corto plazo agotan sus propias fuentes de vida para el futuro.

En conclusión, les recomiendo, modesta pero encarecidamente, y solo en mi calidad de simio humanizado, que Uds., excelentísimos miembros académicos en general e invitados especiales de la Facultad de Antropología y la carrera de Ecología Humana en particular, que seamos decididamente más conscientes y responsables con nuestra naturaleza en todas sus maravillosas manifestaciones de aún abundante biodiversidad.

Es que, les digo, no hay otro Mundo como nuestra Morada Tierra, Gaia, Pachamama – por lo menos no a nuestro alcance. Al cuidarla, cuidamos también de nosotros mismos y la vida que nos sigue.

Caso contrario, la Tierra sabrá como defenderse con su gran – y yo diría animada – capacidad de autorregularse. Y eso con o sin nosotros, los humanos. Del punto de vista planetario y cósmico, este detalle carece de relevancia.

Señoras y Señores, pido un momento de reflexión y contemplación -

- y gracias por su tolerancia.



*Traducción del Español al Alemán de la parte ecológica complementaria:*

*Übersetzung spanisch-deutsch des ökologischen Zusatzteils:*

### ***Ein neuer Bericht für eine Akademie (Erweiterung)***

*Ich kann jedoch meinen Bericht nicht abschließen, ohne Ihnen eine tiefe Sorge einzugestehen, die mich in letzter Zeit mit wachsender Unruhe verfolgt. Das rührt wohl daher, daß ich nicht Ihren mentalen Beschränkungen zu unterliegen scheine – denn durch mein angeborenes und gleichzeitig überwundenes Affentum verwischen sich bei mir die Barrieren menschlicher Wahrnehmung und Intuition – jedenfalls sehe ich, was Sie nicht mit der nötigen Klarheit zu erkennen vermögen: Die Menschheit ist blindwütig dabei, sich immer mehr von ihrer eigentlichen Natur zu entfernen und zu entfremden. Die Zerstörungswut der Menschen ist allgegenwärtig; ich bin ungewollt Zeuge einer fortschreitenden bedrohlichen Vernichtung von Natur und Umwelt mit all den verschiedenen Lebensformen, die Teil von ihr sind. Ich leide darunter und komme da nicht mehr mit.*

*Wie viele tierische Leidensgenossen sind schon ausgerottet worden durch eine unbarmherzige Verfolgung, durch die Verwüstung ihres Lebensraums; wie viele Bäume sind schon gefällt worden aus Engstirnigkeit und reiner Profitgier; wie viele Felder sind schon vergiftet worden mit den verfluchten Pestiziden und wie viele Flüsse sind mittlerweile nichts weiter als abstoßende und gefährliche Kloaken? Die Liste ist lang. Und erreichen Sie etwa nicht die sich dazu wiederholenden, bedrohlichen Nachrichten von überall her, daß unser Planet längst Fieber hat und heimgesucht wird von alarmierenden klimatischen und bio-ökologischen Ungleichgewichten – provoziert durch jene dort... durch Sie... ääh, durch uns alle...*

*Die Früchte, die sie mir morgens bringen, haben den unverwechselbaren und ekelerregenden Geschmack nach Agrochemie, und das Schweinefleisch, das zu essen sie mir vorgemacht haben, lassen mich den Stress und die Leiden spüren ob der Quälerei dieser unschuldigen Tiere.*

*Das Leben kann so nicht weitergehen, weder als Affe, noch als Mensch! Jegliche Verharmlosung oder Vertuschung der mittlerweile alarmierenden Umweltsituation ist verantwortungslos und wir alle sind aufgerufen, etwas zu tun. Davon bin ich überzeugt.*

*Ich bitte vielmals um Nachsicht für meine Insistenz und für meine Wortwahl, aber ich verstehe einfach nicht die Starrköpfe, also alle die unter uns, die ganz versessen dabei sind, für einen kurzfristig angelegten wirtschaftlichen, mithin materiellen Nutzen, ihre eigenen Lebensgrundlagen für die Zukunft zu untergraben.*

*Am Ende meiner Ausführungen möchte ich – in meiner Eigenschaft als menschengewordener Affe – nachdrücklich an Sie appellieren: Seien Sie, hohe Herren von der Akademie im Allgemeinen und Sie, die speziell geladenen Gäste von der Anthropologischen Fakultät und der Sektion Humanökologie im Besonderen, doch bitte entschieden verantwortungsvoller im Umgang mit unserer Natur in all ihren wunderbaren Erscheinungen der noch vorhandenen, reichen biologischen Vielfalt. Es gibt nämlich keine andere Welt wie die unsere: die Mutter Erde, Gaia, Pachamama, wenigstens nicht in unserer Reichweite. Sie zu bewahren bedeutet auch, uns selbst zu beschützen, ebenso wie das Leben, das nach uns kommt. Eine heilige Aufgabe.*

*Im anderen Fall wird sich die Erde schon zu verteidigen wissen mit ihrer großen – und wie ich meine animierten – Fähigkeit zu Anpassung und Selbstregulierung. Und das mit uns oder ohne uns, die Menschheit und den vielen anderen Wesen, die unsere Welt noch bevölkern. Aus planetarischer und kosmischer Sicht ist dieses Detail ohne Belang.*

*Verehrte Damen und Herren, ich bitte um einen abschließenden Moment der Reflexion und Kontemplation – und vielen Dank für Ihr Erscheinen und für Ihr Verständnis.*

***Copyright Gerd Mielke, Aktualisierung 4/2016***